



Dutoff y cosacos del Don que siguen a Krasnoff. Las Ligas de oficiales, formadas por el antiguo terrorista Savinkoff (el que mató al Gran Duque Sergio) y el general Detgerd, obedecen a Alexeieff. Pueden constituir la base de un ejército regular. Dicese que Alexeieff, Dutoff y el expresidente de la última Duma, Rodzianko, se han unido en Samara y han constituido un gobierno.

3.º La Dieta siberiana de Tornsk que, después de muchas mudanzas, se ha concentrado en Orusk. Acaba de proclamar la independencia de Siberia, de anular los actos de los maximalistas y de publicar una ley agraria.

4.º El gobierno de Vladivostock, que procede de acuerdo con la citada Dieta siberiana.

5.º Los amigos del Gran Duque Miguel, designado como sucesor al trono de Rusia por Nicolás II, que habiéndose escapado de Pern el 15 de Junio ha publicado un manifiesto en que expone sus pretensiones imperiales, si bien haciendo la salvedad de que sólo aceptará la corona de una asamblea constituyente. Parece que el general Horvat, que se ha instalado en Khoubin con algunos colaboradores, apoya al Gran Duque Miguel.

6.º Las bandas cosacas de Semenov, que operan en la frontera manchuriana.

OTROS ELEMENTOS

EN Rusia europea se oponen a los bolchevikis, y, por lo tanto, a los austro-alemanes otras fuerzas. Son:

Los partidos socialistas no germanófilos, enemigos mortales del maximalismo y que, sobre todo, tienen grandes elementos en los campos y pequeñas ciudades.

El partido demócrata constitucional, cuyo comité central ha declarado hace poco —sin duda respondiendo a su antiguo jefe Milinkoff, hoy favorable a una aproximación a Alemania—, que la restauración de Rusia debe ser empresa de los rusos mismos ayudados por la Entente.

El partido progresista o izquierda burguesa moscovita; y

Muchos octobristas de la izquierda.

Todos los núcleos enumerados se agitan aisladamente porque están separados por enormes distancias o semi ahogados por el terror bolcheviki y la opresión austro-alemana.

Hay que añadir también los polacos, lituanos, estonios, etc., y los finlandeses rojos, que fueron vencidos por los conservadores gracias al desembarco en Helsingfors de un ejército germano.

Los aliados tienen dos bases de operaciones, una en Siberia y otra en Rusia septentrional. Si proceden con rapidez podrán, por el Turquestán ruso, llegar al Cáucaso y apoyarse en los armenios.

RASGOS DE LA BATALLA

HA entrado la Humanidad en el quinto año de guerra. El cuarto acabó con la victoria italiana sobre el Piave. Este ha empezado con el triunfo aliado en el Marne.

Cuando escribimos estos comentarios, se ha reanudado el repliegue alemán, que llega por unos lados al Aisne y por otros al Vesle. Desde Monthuel a Soissons han retrocedido los soldados del Kronprinz 45 kilómetros. El 15 de Julio comenzaron la marcha decisiva sobre París. Y se han alejado de la meta ideal de sus

sangrientas jornadas en vez de aproximarse a ella. El resultado de la batalla no puede ser más desastroso para Alemania.

Lo de menos son los 35.000 prisioneros hechos y los 600 cañones cogidos. Lo importante es que la iniciativa pasa a los aliados y que en lo sucesivo éstos habrán dejado de ser yunque. El martillo alemán —el martillo de Thór, como escribían los líricos ojalateros de ultra Rhin—, ha golpeado casi sin tregua en las líneas aliadas, a partir del 21 de Marzo. Las quebrantó, pero no logró pulverizarlas. Hoy, el martillo es alzado por las manos robustas de Foch, el estratega. Y se han vuelto las tornas.

Algunos críticos militares franceses, y entre ellos el eminente Henri Bidon, creyeron que

los alemanes se harían firmes en la posición Soissons-Oise —divisoria de aguas entre el el Ourcq y el Vesle—, río Ardre. Seguramente si Foch se hubiera contentado con lo que había obtenido ya, Ludendorff habría fortificado esa línea. Pero Foch quería que el enemigo siguiera retirándose. Aspiraba a anular las ventajas tácticas y estratégicas que había conseguido Alemania merced a la sorpresa de Mayo. Y por eso atacó el 1.º de Agosto desde Hartennes a la carretera de Dormans y consiguió apoderarse de la citada divisoria de aguas entre el Ourcq y el Vesle, desbordando así por el Sudeste las líneas formidables del Oise. Temió el mando germano un copo y se resignó con lo inevitable. Al día siguiente caía Soissons.

EL HABSBURGIANISMO JESUÍTICO ESPAÑOL

POR

Miguel de Unamuno

—La vertigine io son —quell'altra dice—
Che tragge Max di pendice in pendice
Ser l'alpe del Tirolo: e l'infelice,
Seguendo me, dismenta l'accattare.
Hallali, hallali, gente d'Habsburgo!
Ad una caccia eterna io con te surgo;
Poi nel sangue de i populi mi purgo,
E nel tuo, dal travaglio del cacciare.

CARDUCCI. «Ninna nanna di Carlo V.»

VAMOS a entrar —porque todos, incluso los neutrales, estamos, querámoslo o no en ella— en el quinto año de guerra mundial y todavía hay en España, no ya germanófilos, sino, lo que es más enorme aún, austrófilos. Aunque en el fondo, sépanlo todos, altos o no, los más de nuestros genuinos germanófilos, de los troglodíticos, son austrófilos, o más bien habsburgianos.

El pretexto, y algo más que pretexto, de la guerra lo dió las brutales exigencias del gobierno habsburgiano de Austria respecto a Serbia. Al principio de la guerra, cuando la bárbara violación alemana de la neutralidad belga, se habló mucho del martirio de la infortunada Bélgica y, en tanto, casi nadie protestaba—aquí al menos— del atropello que se cometía con la heroica Serbia. Verdad que a Bélgica, brutalmente sacrificada, le recomendaba aun para nuestros germanófilos su marcado sello jesuítico, cosa que no pasaba con Serbia. Nuestros trogloditas sabían, y los que no lo adivinaban, que Serbia, libre de la peste jesuítica que infestaba a Bélgica, era el pueblo democrático y liberal, profundamente liberal, que supo estirpar quirúrgicamente el tumor maligno de los Obrevovich y que resistía a los fúridos Habsburgos.

La Loca de Castilla, Doña Juana, hija de los Reyes Católicos, se casó con el Hermoso, Felipe de Habsburgo, hijo del Emperador Maximiliano, y de ese agorero matrimonio nació Carlos, que siendo primero de España le llamamos siempre quinto, que lo era de Alemania. Carlos V, el de la cara de perro —*da la faccia cagnazza*—, el manantial de la raza mestiza —*poilone de la mista razza*—, era más flamenco —nació y se crió en Gante— que alemán o

austriaco. Hablaba flamenco, no alemán propiamente.

Aquí creemos los liberales que fué ese Habsburgo, ese germano, el que nos trajo el mal sino y la decadencia. Contra él y sus flamencos lucharon por la libertad española las Comunidades de Castilla. Pero en Alemania, de donde fué—y en tiempo de Lutero!— ese hijo de la Loca emperador, creen que fué su sangre española la que llevó el mal sino al pueblo alemán.

El «Compendio de historia del pueblo alemán» del Dr. David Müller—cuya décimoquinta edición, la de 1894, que tenemos a la vista, alcanzaba una tirada de 115.000 ejemplares—, no es una obra fundamental y de primera mano, pero es mucho más simbólico y representativo, por ser un libro de texto en el que se ha formado la juventud que hoy pelea como súbdita del Hohenzollern. En este Compendio se le enseña al pueblo alemán que Carlos V era en esencia un borgoñón más que un germano, y en el párrafo 328 se lee: «Así, pues, volvió tras de largo tiempo la corona imperial a la cabeza del más poderoso príncipe de Europa. Pero este poder le vino poco bien al pueblo alemán; la honra de la Casa de Habsburgo no era, sin más, honra alemana. Estaba con un pie en el suelo alemán, con el otro se apoyaba en sus tierras extranjeras, y demasiado a menudo sirvió el Imperio para ventaja de ese dominio extra alemán de la monarquía austriaca, que era muy otra cosa que el Imperio alemán. Carlos V fué en el tiempo de su mayor poderío un señor del mundo, pero no ya Emperador alemán—*deutscher Kaiser*—, en el legítimo sentido de la palabra». En el párrafo 375 habla del Habsburgo español, «el fanático y despótico Felipe II»—que así le llama— que dirigió la campaña contra la Reforma y «el libre desenvolvimiento de los pueblos». En el párrafo 377 dice el Dr. David Müller, no sin cierto regocijo al parecer, que la tierra de Felipe II, España, quedó «yerma, su caja en bancarrota, y el porvenir de España trastornado—*zerstoert*— acaso para siempre cuando él murió en 1598». En el pá-

rafo 379 dice cómo a Maximiliano II le impidió Felipe II dar un giro salvador a la suerte alemana. En el 380 dice de Rodolfo II, que había sido educado «española y jesuíticamente».

El buen Dr. David Müller, alemán imperialista y adúlador servil de los Hohenzollern, enseña a su pueblo que lo malo de los Habsburgos les vino de su sangre y educación españolas, de la Loca, o más bien de su jesuitismo. Esto último es lo más seguro.

Los Habsburgos se hicieron, ilustrados por el jesuitismo, los caudillos de la Contra-reforma; su significación histórica, lo mismo en España que en Alemania y en todo el mundo, fué oponerse a la Reforma. Los Habsburgos han sido, más aún que el Papado, el poder temporal según la Compañía que se llama a sí misma de Jesús. Y nuestro trogloditismo, jesuítico y no más, es habsburgiano aun más que germanófilo.

Cierto es que Guillermo II de Prusia, el Hohenzollern, es un luterano, pero el luteranismo es menos germanizante reformista que el calvinismo. Este ha sido democrático y popular; el luteranismo propende a ser imperialista y dogmático. El luteranismo llegaría, si pudiese, hasta a restablecer el poder temporal de los papas —supremo ensueño jesuítico—, pero de unos papas gibelinos que estuviesen sometidos al Imperio, realizándose así la unión del altar y el trono, sobre el que se levantaría la cruz de la espada. Llegaríase al consorcio de clericalismo y militarismo con que sueñan los secuaces de aquel soldado que, luego de herido, se metió a fundador de una orden eclesiástica, que no religiosa.

Llamóse protestantes a los que protestaron de que en la dieta —o Reichstag— de Spira de 1529 se pusiera en vigor el edicto de Worms. Protestaban de que en cuestiones de fe se quisiera decidir por mayoría de votos.

Es natural que la España troglodítica, jesuítica, se declare habsburgiana. Su germanofilia es habsburgianismo y nada más. El Hohenzollern de Prusia ha seguido el sino agorero y terrible de los Habsburgos, de los que quisieron ahogar a la heroica Serbia.

¿Ha habido nada más habsburgiano o jesuítico que la España trágica de la Regencia? La lucha por la España moderna, civil, democrática, europea, empezó en 1833, a la muerte del abyecto Fernando VII, y en los ochenta y cinco años que van transcurridos desde entonces, unos cincuenta —es decir, casi el 60 por 100 del tiempo— ha estado esta pobre nación regida por mujeres. Y un régimen femenino, en España sobre todo, propende a ser jesuítico. Y si además de femenino es habsburgiano...

Al principio de la guerra, cuando ya se había atropellado a la heroica Serbia, que luchaba contra la despótica tiranía de un lamentable Habsburgo, del perniciosísimo Francisco José —¡que si le hubiera ayudado la inteligencia...!— y cuando aún no había tenido que entrar en liza la Italia gloriosa de Mazzini, de Cavour y de Garibaldi, había aquí habsburgianos que soñaban con el restablecimiento del poder temporal de los papas merced a la victoria germanica.

Y para acabar por hoy, ¿no se ha fijado el lector que el principal adalid en la prensa periódica de la germanofilia troglodítica es un órgano jesuítico que labora por eso que engañosamente llaman libertad de enseñanza, cuan-

do se tira a un vergonzoso monopolio incivil de ella? Porque si ha de estar monopolizada la enseñanza pública —y hoy es en la práctica imposible otra cosa en España— que lo esté por

el Estado, que por mal que lo haga lo hará mejor que ese otro poder tenebroso que trata de suplantarle en ella.

MIGUEL DE UNAMUNO

LA SIESTA DEL GOBIERNO "GRANDE"

POR

Luis Bello

DESDE la noche en que se salvó por milagro el poder civil y salió de Palacio el gobierno integral de liberales y conservadores, con levadura catalana, apenas si ha tenido nuestra política otro momento de interés que el de la retirada de las izquierdas. Gentes sencillas —cabe inocencia y sencillez hasta en el patio de Monipodio— esperaban que esto duraría poco. Han pasado, sin embargo, los cien días y no viene el gobierno homogéneo que muchos consideran la única fórmula posible. Ahora ya se ve claro, que tardará en venir; pero desde el día en que fué constituido y aplaudido en las calles el Gabinete Marura-Dato-García Prieto-Romanones Alba Cambó, debieron comprender los expertos de la vieja política que había de ser muy difícil sustituirlo por cualquiera otra combinación.

Es curioso ver cómo se transforman todos los inventos al llegar a España. En Francia, en Inglaterra, en Italia, hubo necesidad de formar gobiernos nacionales, donde estuvieran concentradas las diversas fuerzas políticas. ¿Para qué? Para sumar energías y vencer obstáculos. En suma, *para hacer*. Nosotros hemos visto que ante un peligro casi tan grande como la guerra surgía también un gobierno casi nacional. Pero esta máquina nueva no fabrica, no produce. No sirve más que para evitar conflictos de orden político entre las fuerzas dinásticas que lo componen, y su más alta misión consiste en que no se toque a nada en España y en que no pase nada.

Por eso es por lo que aparece tan difícil la sustitución. Hay un interés grande en sostener este amasijo que, en el fondo, burla nuestro régimen parlamentario, como acaban de demostrar las izquierdas. Allí donde se deciden las crisis, hay ya la experiencia de que cada vez cuesta más trabajo encontrar soluciones. Se resistirá todo lo posible a cambiar un Gobierno que dentro de las cámaras es omnipotente y fuera de ellas no ha de luchar por librarse de ninguna clase de zancadilla. Sabido es que la idea de *la zancadilla* tiene para nuestros gobiernos una importancia tan grande como para nuestros ascéticos la idea de la muerte. El *morir habemus* les impide hacer nada práctico. Pero ¿a quién pueden temer hoy los jefes de partido que forman el Gabinete de conjunción dinástica? Podrían temerse unos a otros, pero contra esa alarma les asegura la razón de Estado que los unió. En esta época de egoísmo personal se llega hasta separar los intereses políticos de los jefes y los de sus ejércitos y aun los de sus estados mayores. Estos son los que podrían quejarse y protestar de los gabinetes no homogéneos, pero el pudor les contiene. No hay, pues, temores de que surja en el Gobierno ninguna razón que le haga desintegrar-

se. Tenía que ser alguna fuerza explosiva que viniese de fuera.

¿Cuál es la condición única a que se le somete para que perdure? Que no altere el *statu quo* ni en lo nacional ni en lo internacional. Que vaya defendiéndose para seguir manteniendo la neutralidad con procedimientos habilidosos. Es decir, que, modestamente, procure pasar sin pena ni gloria disfrazándose de Gobierno vulgar.

* * *

Eso es imposible. Aunque en lo doctrinal haya muy poca diferencia entre el Sr. Maura y el Sr. García Prieto, los nombres obligan y en 1918 no es lo mismo un gobierno de conservadores que un gobierno de liberales. A esto han contestado ya con motivo del debate sobre los sucesos de Agosto y con el de la ley contra el espionaje, uno por uno todos los ministros políticos diciendo que su misión no es pensar en lo que les separa sino en la obra común. Aquí se impone de nuevo la comparación. En Francia, en Italia, en Alemania, en Inglaterra, la obra común de las diversas fuerzas políticas es la guerra. En España es la neutralidad. Es decir, un concepto negativo. Se acaba en seguida la tarea de un gobierno que no piense sino en mantener el *statu quo*.

Puestos ya, por compromiso, dentro del Gobierno, cada uno de los ministros obedece a su temperamento. Por propia voluntad hemos visto anularse al Sr. Alba en Instrucción Pública y al conde de Romanones en Gracia y Justicia. Sólo el Sr. Cambó, que se mueve en un departamento a propósito para desplegar sus iniciativas aprovecha el tiempo en una labor que tiene algo de balance o liquidación, no de fin de año, sino de fin de época. Todo lo ha sometido a revisión. Todos los servicios tienen encima una amenaza que administrará oportunamente el Sr. Cambó para hacer o no hacer las reformas planeadas. Vale la pena de estudiar despacio la obra del Sr. Cambó en el ministerio de Fomento. Diríase que en su persona es Cataluña la que toma posesión de aquella casa encantada y mira por los rincones con designio de descubrir el trigo en el desván y el vino en las bodegas. Falta saber para quién es ese inventario, si para España, para Cataluña o para el Sr. Cambó; pero nunca estará de más. Y a nuestro juicio, tendremos que felicitarnos del resultado de las últimas crisis, si un hombre del talento y de la actividad del Sr. Cambó llega a dominar esos asuntos que requieren estudio particular y directo y ayuda a desenvolverlos desde el Poder o desde la oposición. La intervención del Sr. Cambó ha tropezado hasta ahora en asuntos como el del paseo del mar, de Barcelona, el de la electrificación de